

## EL ABUELO

Paseábamos por el campo, por “La loma larga”, un lugar que ya no existe desde que se fue ampliando la ciudad. Siempre con nosotros *Linda* y *Cuchi*, dos podencos que a fuerza de comer bien gracias a los guisos de mi abuela habían perdido el instinto de cazar. Nosotros tampoco cazábamos, simplemente veíamos los gorriones, los tordos, los alcaudones... y las posturas tan características que adoptaban los perros ante una presa. Entonces también había conejos en el campo de mi tierra, mi abuelo los divisaba y me llamaba para que yo también los viera. Nunca matamos a ninguno.

Andábamos en silencio, siempre encontraba una mata de espárragos junto al arroyo o de cardillos, con su navaja los iba cortando y los recolectaba. Me contaba historias del campo, de su casa, de los perros que él tuvo de chaval, del sonido del Guadiana en la vera, de sus meandros abandonados y los brazos ciegos del río, del olor a tierra mojada de su pueblo...

En su campo salía a cazar, me contaba, pero siempre con el miedo del guarda que podía sorprenderlo y pegarle un tiro, o darle una paliza, o detenerlo. Yo entonces no entendía lo que era un latifundio, ni un coto de caza, ni entendía que mi abuelo cuando niño cazara para poder comer carne. Ni me creía del todo que alguien lo castigara por cazar un conejo cuando en el mercado había tantos expuestos para el arroz...

Me contaba que no supo leer hasta los catorce años, gracias a que un cura joven vino al pueblo y quiso que los muchachos aprendieran. A él eso de juntar las letras, darle sonido, y que el sonido fuera pensamiento le abrió un mundo nuevo, un mundo grande mas allá del coto y de las migas con tocino. Lo miraba asombrada, no podía creer que con mi edad no supiera leer; si era un lector voraz, con una buena biblioteca que yo aprovechaba las tardes de verano mientras los demás seesteaban. Aprendió a leer y se fue a la guerra, nunca supe si obligado o voluntario, yo era tan pequeña que no preguntaba esos matices.

Muchas veces se quedaba callado, cerraba los ojos y aspiraba el olor a genista, ese amarillo almizclanado de los campos del mediterráneo, su mente viajaba

más allá, quizás estaba en el desierto, en África luchando en una guerra que no entendía, pero que le prometía comer tres veces en una jornada. Un lujo para un jornalero extremeño. Nunca lo hirieron, tuvo suerte o quizás había aprendido a mimetizarse como un furtivo, tantos años huyendo de los palos...Se “reengachó”, no sé cuántas veces. La República le encontró en Alcazarquivir. Tiempo de paz con los moros, mientras España era un hervidero.

\_Aquel marzo del 36 niña \_se le ponían los ojos tan azules recordándolo\_ Yo no estuve, pero mi padre y mi hermano sí. Y me lo contaron. Siempre, cuando llega la primavera me acuerdo de los del 25 de marzo. Ese día los jornaleros ocuparon la tierra, extremeños de norte a sur se hicieron dueños de las fincas donde trabajaban. Se presentaron con las hoces y el arado, las delimitaron, la partieron en trozos pequeños, dignos para cada jornalero. No hubo heridos, ni luchas, decían aquello “de la tierra para quien la trabaja”. Hombres rudos y valientes. Pero duró poco, niña. Los hombres no son buenos con los hombres y hubo una guerra. En mi pueblo ni siquiera eso: desaparecieron los hombres que araban, los que cazaban, los yunteros... Las mujeres lloraban con sus velos negros. El Guadiana se volvió marrón, con olor a sangre y barro. Nadie decía nada.

Entonces yo le cogía la mano a mi abuelo, porque no entendía eso de guerras ni de repúblicas, pero sabía que le ponía triste recordar. Y le hablaba de la retama que crecía, de las encinas de su pueblo, de los olmos, los fresnos, las adelfas, del color de un río que yo no conocía que seguro que era tan azul como el Mediterráneo de mi tierra en cuanto llega la primavera.

Y él, que siempre le había salvado la literatura, apartaba la nostalgia y se ponía a contarme novelas de Julio Verne: se iba al centro de la tierra, a la luna, a ser cartero del zar, a dar la vuelta al mundo...

Me miraba a los ojos mientras contaba historias. Después en silencio cogía altramuces silvestres, ramas de altabaca para curar dolores, hojas de eucalipto para tomar vapores cuando te resfriabas. Y esa mata que no recuerdo el nombre que servía para la urticaria...Volvíamos con pasos lentos a la casa. El atardecer caía con su tono de violetas y naranjas, el viento respetaba nuestra vuelta. La abuela nos esperaba con el biscocho preparado y el chocolate humeando en la cocina.

